

Siembra en mí tu fe

“No juzgues cada día por la cosecha que cosechas, sino por la semilla que siembras”.

Robert Louis Stevenson.

Fray Enrique Arenas Molina, OAR
Rector Uniagustiniana

Ambientación

San Agustín, dice: “La medida del amor es amar sin medida”, sin duda que quiso transmitir simplemente que el amor no debe tener medida o límite. Esto no significa faltar a nuestros valores, significa apoyarnos de ellos. Diferentes tipos de amor. Amar sin medidas, sin condiciones, ni promesas, simplemente amar.

Las acciones son las semillas de los hechos donde crece el destino. Hay que confiar en la grandeza del amor de Dios. Pues la sencillez de Dios es un gran y hermoso misterio. Un misterio que parece siempre ir en contra de la forma en que vivimos. Una vida en donde el tiempo no espera; donde parece no haber tiempo para la paciencia. Pero la veracidad es una planta del paraíso, y las semillas nunca han prosperado más allá de sus paredes.

Nos acostumbramos a una seguridad que sólo llega cuando presionamos el botón de enviar seguido de la confirmación listo, sólo así nos envuelve la paz.

Agustín de Hipona al presentar la semilla que crece, dice:

“ *Siembra varias semillas de la misma especie vegetal en terrenos y climas distintos; dejadlas que germinen, crezcan, fructifiquen y se reproduzcan indefinidamente, cada cual en un distinto suelo: Cada una se adaptará a su terreno propio, y tendréis así diversas variedades de la misma especie, cuanto más diferentes sean entre sí las condiciones de cada clima”.*

Asimismo, la sencillez de Dios nos lleva por el camino de la confianza, de la paciencia y de la esperanza. Hacemos y no vemos; no vemos y desesperamos. Jesús nos dice, haz y aunque no veas, sigue haciendo

y confía. Paciencia, que aquello que se siembra en tierra buena tiende a crecer. Esperanza, pues la cosecha será más de la que puedes imaginar.

Haciendo el bien nutrimos la planta divina de la humanidad; formando la belleza, esparcimos las semillas de lo divino. Las semillas por ejemplo de la grandeza se plantaron en estado latente, sin germinar. Nos fueron concedidos unos espléndidos dones de nacimiento: Talentos, capacidades, privilegios, agudezas, oportunidades, que en gran medida quedarían sin descubrir de no ser por nuestra propia decisión y nuestro propio esfuerzo.

El predicar el reino de Dios fue la ocupación principal de Jesús durante su ministerio público, su preocupación más constante; Jesús prefería de ordinario hablar de Dios por medio de parábolas. En sus parábolas alude a un Dios que sigue viviendo y trabajando en el mundo, de incógnito pero con eficacia, como la semilla germina y va creciendo, sin que se sepa muy bien cómo; es un Dios que se sabe que está presente no porque se le vea a Él personalmente, sino porque pueden verse siempre en crecimiento sus obras; como el sembrador sabe que la semilla dará fruto, duerme él o vele, sin saber cómo o por qué.

Sin duda que el cristiano está seguro de que Dios está construyendo su reino en este mundo lenta pero inexorablemente, a pesar de las resistencias de sus enemigos y de los pecados de sus amigos: La tierra va produciendo la cosecha ella sola, dice Jesús; Dios no deja de vivificar su mundo.

“No juzgues el día por la cosecha que has recogido, sino por las semillas que has plantado”, Robert Louis Stevenson. Sin duda esclarece que parte del fruto de los vegetales contiene el germen de una nueva planta: Semillas para sembrar. Cosa que es causa u origen de otra: Los niños son las semillas del futuro. Al parecer, a los discípulos de Jesús no les gustaban mucho los niños. Por ello, según relata Mateo el

evangelista, cuando algunos de ellos se le acercaron, aquellos trataron de impedirlo, pero Jesús les dijo: “Dejad que los niños vengan a mí, porque de los que son como ellos es el reino de los cielos”.

Acoger o recibir el reino como un regalo extraordinario con confianza, sorpresa, alegría y agradecimiento, y dar testimonio del regalo recibido es lo que pide Jesús a sus discípulos de todos los tiempos.

El hombre no hace más que sembrar, ver, observar y esperar. Así es el reino de Dios, el reino es obra de Dios, viene a nosotros como regalo de su infinita misericordia, el reino no es obra humana, no podemos construirlo; el tiempo presente es tiempo de siembra, el crecimiento es obra de Dios; nosotros podemos evangelizar, catequizar, testimoniar, pero el Señor hace crecer, todo está en sus manos.

El agricultor no tiene idea de cómo crecerá la semilla. No hace crecer la semilla, porque ni siquiera sabe qué le sucede a esa semilla que está creciendo, siempre y cuando permanezca encerrada en el misterio de la tierra, o más bien en el buen campo donde opera la única fuerza posible: el poder transformador y creativo de Dios.

Vamos a trabajar en esta reflexión los siguientes puntos esenciales para entender mejor las dos parábolas enseñadas por Jesús.

1. Se parece a un grano de mostaza
 - a. Semillas para sembrar
 - b. Semilla de mostaza
2. Cómo explicar la parábola de la semilla de mostaza
 - a. Para dar fruto
 - b. Eres semilla que crece en silencio
3. La semilla que crece

Nos invita a confiar en la grandeza de su amor. Nos invita a esperar, no pasivamente, sino movidos por ese mismo amor. Nos invita a no olvidar que aquél que cree en Él tendrá vida eterna. Nos invita a no olvidar que aquél que permanece en Él, ése verdaderamente dará fruto, y fruto en abundancia. Nos invita a creer en la sencillez de su

amor. A creer aun cuando no veamos, a esperar lo que se nos será dado, a amar y simplemente a amar. Como dice Agustín: “Obedeced más a los que enseñan que a los que mandan”.

1. Amar como Jesús

“Si fuera vuestra fe como un grano de mostaza, le diríais a aquella montaña que viniera aquí, y vendría”. ¿Dónde puede descubrir al reino de Dios actuando? ¿En qué situaciones, nosotros podemos oscurecer el reinado de Dios? ¿Tengo claro que sólo Dios hace progresar?

El reino de Dios para Jesús es la manera en que Dios manifiesta su actuación en medio de la historia. De esta forma, el reino de Dios es un mensaje de fortaleza en el presente y de esperanza en el futuro para los pobres, los hambrientos, los afligidos: Para todos los desgraciados.

“*Jesús decía a sus discípulos: El reino de Dios es como un hombre que echa la semilla en la tierra: Sea que duerma o se levante, de noche y de día, la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra por sí misma produce primero un tallo, luego una espiga, y al fin grano abundante en la espiga. Cuando el fruto está a punto, él aplica en seguida la hoz, porque ha llegado el tiempo de la cosecha. También decía: ¿Con qué podríamos comparar el reino de Dios? ¿Qué parábola nos servirá para representarlo? Se parece a un grano de mostaza. Cuando se la siembra, es la más pequeña de todas las semillas de la tierra, pero, una vez sembrada, crece y llega a ser la más grande de to-*

das las hortalizas, y extiende tanto sus ramas que los pájaros del cielo se cobijan a su sombra. Y con muchas parábolas como estas les anunciaba la Palabra, en la medida en que ellos podían comprender. No les hablaba sino en parábolas, pero a sus propios discípulos, en privado, les explicaba todo” (Mc 4,26-34).

Dos parábolas más, nos trae Marcos: la semilla que crece por sí sola y el grano de mostaza. Con estas Jesús vuelve al ambiente agrícola. Porque aquello que siembras se reproduce y crece siempre en abundancia.

El reino de Dios se traduce en actitudes de acogida. Pues en la vida todo lo que siembras se verá duplicado. Si siembras bien, te regresará bien en abundancia. Cosechas más de lo que siembras. Una semilla se compone a la hora de cosechar, de una semilla de naranja no sacas una naranja, sacas varios sacos de naranja.

Al representar las dos parábolas de Marcos simplemente constatamos lo siguiente:

- **Una nos hace una reseña inmediata al reino de Dios.** Jesús subraya cómo el crecimiento de la semilla avanza sin detenerse mientras el hombre trabaja o duerme, sea de día o de noche; describe en forma sencilla la sorprendente creación de Dios que funciona sin que nosotros hagamos nada.
- **La otra nos dice que se parece al grano de mostaza.** Con esta imagen Jesús está diciendo que el reino de Dios, aunque ahora no se vea y sea oscurecido por nuestras faltas, sigue creciendo pacientemente, hasta que llegado el momento se manifieste en plenitud y pueda acoger a todos como el arbusto de mostaza acoge los pájaros del cielo.

Asimismo, “no se accede a la verdad sino a través del amor”, Agustín. Pues otro resultado del anuncio del reino es la capacidad de ser comprensivos. Cosechas luego de sembrar. Pues no puedes esperar

conseguir cosechar donde nunca has sembrado. Esto puede ser usado en cualquier contexto. Si has descuidado una relación, no puedes pretender que de un día para otro haya amor, donde no se ha sembrado amor. Asimismo, no hay forma de revertir el orden, primero debes enfocarte en sembrar, más adelante podrás cosechar. Como lo dicen las Escrituras ‘todo tiene su momento oportuno, hay tiempo de sembrar y hay tiempo para cosechar’.

Jesús nos anima, con esta sencilla imagen, a poner nuestra confianza en Dios por encima y más allá de nuestras evidencias: sin verle en torno nuestro, podemos sentirle; podemos contar con su presencia, sin tenerle todavía al descubierto; sabremos contar con Él sin haberle aferrado con nuestras manos; le sentiremos activo y vivo en nuestro mundo, en nuestro corazón, sin tener que haberle contemplado todavía y sin tener que vivir experiencias fuera de lo ordinario; ¡basta que tuviéramos una fe tan pequeña como el grano de mostaza! Si tuviéramos un poco más de fe, entonces nosotros mismos seríamos el milagro: nuestro cambio sería aún mayor y más inaudito que la transformación en arbusto de la más pequeña semilla.

No puedes esperar estar en las mejores condiciones físicas de tu vida de hoy a mañana, toma un tiempo, tampoco puedes esperar hacerte millonario de la noche a

Toda semilla tiene un tiempo de gestación. No es posible acelerar los resultados. Toda semilla tiene un tiempo para dar frutos, algunas semillas duran más y otras menos, nunca de un día para otro.

la mañana. “Nadie puede ser perfectamente libre hasta que todos lo sean”, Agustín.

¿Me dejo llevar por criterios de cantidad en la obra de Dios? ¿Desde dónde miro el actuar de Dios, desde su humildad o desde el poder? Cada propósito que tengas y quieras cosechar tiene un tiempo. Durante ese tiempo no solo se trata de esperar, también tendrás que trabajar.

En el lenguaje bíblico la semilla es símbolo de la palabra de Dios, cuya fecundidad es invocada por esta parábola. Así como la humilde semilla se desarrolla en la tierra, así la Palabra obra con la potencia de Dios en el corazón de quien la escucha. Dios ha confiado su Palabra a nuestra tierra, o sea a cada uno de nosotros, con nuestra concreta humanidad.

La traducción histórica del reino del Padre es la fraternidad entre los seres humanos. Podemos tener confianza, porque la palabra de Dios es palabra creadora, destinada a volverse 'el grano lleno en la espiga'. Esta parábola si es acogida, trae seguramente sus frutos, porque Dios mismo la hace germinar y madurar a través de caminos que no siempre podemos verificar y de una manera que no conocemos y no sabemos.

a. Un amor que cuidar

¿Creo en este Dios y en su poder de intervención en la historia? ¿Le reconozco y contribuyo a que continúe su acción? ¿Hay algo más grande que el reino de los cielos y más pequeño que un grano de mostaza? ¿Cómo ha podido Cristo comparar la inmensidad del reino de los cielos con esta pequeñísima semilla tan fácil de medir? Pero si examinamos bien las propiedades del grano de mostaza, hallaremos que el parangón es perfecto y muy apropiado.

La propuesta del reino de Dios, es la expresión de un Dios cercano. ¿No es ésta la más pequeña de entre todas las semillas? Y aun así es el más grande de todos los arbustos. Así es la vida interior, y Cristo nos la ha dado a conocer de esa misma manera, que quiere una vida más sana y digna para los seres humanos, especialmente los más pequeños y vulnerables.

Lo único que se tiene que hacer para poseer ese magnífico arbusto es cultivar esa pequeña semillita hasta que crezca completamente. Así la vida interior, en un principio es como una pequeña semilla, posteriormente, dentro de nuestro corazón, crece tanto que llena todo

el corazón. Y todo aquel que se diga discípulo de Jesús debe entrar en esta lógica de generar una vida más sana, más digna y más justa, especialmente para los más vulnerables y frágiles.

Es como el amor que da verdadera felicidad, es tan pequeño al inicio que hay que irlo cultivando para que crezca y se fortalezca. Poco a poco éste se hace más fuerte hasta que se mantiene en pie por sí solo, pero sigue siendo frágil, porque cualquier hachazo puede derribarlo, por lo tanto, necesita un cuidado continuo.

Esto es lo que hay que hacer con la vida interior, cuidarla cuando esté bien crecida, para que ningún hacha o sierra eléctrica nos lo vaya a echar para abajo. En palabras del Papa Francisco, se trata de “cuidar de la fragilidad”.

El reino de Dios se convierte en cualidades. Las buenas semillas requieren un mayor cuidado. Los buenos hábitos son difíciles de formar y difíciles de mantener. Los malos hábitos son fáciles de formar y fáciles de mantener. Las mejores cosechas requieren esfuerzo y un cuidado extra, especial.

Estos buenos actos los vemos en la naturaleza, la hierba mala crece sola sin mucha atención y esfuerzo. Por el contrario, las semillas que nos dan alimento, si requieren un

“Si quieres conocer a una persona, no le preguntes lo que piensa sino lo que ama”.

San Agustín

cuidado especial, deben ser protegidas y alimentadas. Es cierto que una vez que germina la semilla y la planta se hace más fuerte requiere menos cuidado, pero siempre debes estar atento.

Sin duda que esto mismo ocurre en la vida, es muy fácil estar fuera de forma con sobrepeso, pero es difícil mantenerte en forma, debes dedicarle un tiempo todos los días. Esto se debe a un concepto que me gustaría que leyeras, se llama entropía y es la razón principal por

la que siempre debemos estar trabajando por mantener todo en orden y tal como lo queremos.

Todo esto nos hace entender que es siempre Dios quien hace crecer su reino. Por esto invocamos tanto, 'Qué venga tu reino'. Es Él quien lo hace crecer, el hombre es su humilde colaborador, que contempla y se alegra de la acción creadora divina y espera con paciencia los frutos. No se trata pues de que Dios vaya a recompensar las virtudes de los pobres y los hambrientos. No hay ninguna idealización de la pobreza. Al contrario, la pobreza, el hambre y el sufrimiento son un mal y Jesús anuncia que el reinado de Dios será la liberación de todo ello, más aún, les invita a que encuentren consuelo, fortaleza y esperanza en Dios, cuya acción en la historia, aunque escondida, el anuncia.

El reino de Dios no se establece en el mundo por la violencia, sino que crece y se propaga con paciencia y mansedumbre, como el grano de mostaza que, a pesar de tener una apariencia humilde, lleva dentro una fuerza capaz de transformar los corazones y el mundo.

b. Semilla de mostaza

El estudio de la semilla de mostaza explica que es una planta herbácea, originaria de la cuenca mediterránea. Sus semillas sirven para preparar un condimento del mismo nombre, de sabor más o menos picante. En semillas sirve para condimentar marinadas y elaborar carnes en salsa, mientras que los preparados se usan más como condimento o como base de otras salsas. Los granos de mostaza son pequeñas semillas redondas de diversas plantas de mostaza, típicamente de 1 o 2 mm de diámetro. Su color va del blanco amarillento al negro, y son especias importantes en muchas cocinas regionales.

Las semillas de mostaza contienen vitaminas A, B6 y C. También tienen Omega 3, magnesio, potasio y muchos otros compuestos para mantener una buena salud. Es precisamente por este tipo de componentes que las semillas son benéficas en distintas áreas de la salud.

Sembrar es una metáfora agrícola. ‘Lo que sembramos no retoña sino hasta mucho después, y solamente si lo hemos cultivado con esmero y cuidado’. Cosechar, por su parte, se referiría a aquello que obtenemos al momento de recoger los frutos de lo que hemos sembrado.

La siembra es el acto de colocar semillas en la tierra para que germinen y desarrollen plantas nuevas. ¿Qué son las semillas? Las semillas son la parte del fruto, también llamada pepita, que dan origen a una nueva planta. Al crecer, una semilla produce una planta adulta igual a la que le dio su origen.

Toda gran obra comienza por pequeños detalles porque si los hacemos bien, después será más fácil que todo salga bien. Así sucede con el grano de mostaza que fue plantado bien; este primer acto ayudó a que después fuese la tierra la que lo hizo crecer.

“Lo que hayas amado quedará, el resto solo serán cenizas” .
San Agustín

¿Qué es el principio de la Ley de la siembra y cosecha? La ley de siembra y cosecha establece que cosechas aquello que siembras, cosechas más de lo que siembras y cosechas luego de que siembras. Es una ley cristiana escrita en las Escrituras que aquello que siembras es lo que vas a cosechar.

Este plantar bien la semilla es similar a nuestra fe porque es algo que está a la base de nuestra vida espiritual ya que, si no creyéramos, nada de lo demás tendría sentido. El crecimiento de nuestra fe se va dando poco a poco ya que Dios lo cuida hasta que está listo para la cosecha. La otra parte del Evangelio muestra cómo pequeños gestos en un inicio, se hacen obras grandes después.

La mostaza que se cosecha simboliza la providencia de Dios en las vidas del reino terrenal. El árbol puede crecer a una altura de más

de nueve pies (2,7 m), destacándose de entre las otras plantas al igual que Dios se destaca sobre aquellos que no creen en Él.

2. Cómo explicar la parábola de la semilla de mostaza

Al representar simplemente la parábola de la semilla de la mostaza, explicamos que Jesús quiere que seamos como un grano de mostaza. El reino de Dios es así: Cuando abrimos nuestro corazón a Jesús, una semilla llamada fe entra dentro de nosotros y con el tiempo, escuchando a Dios, se va transformando lentamente.

La parábola del grano de mostaza en el Evangelio nos vacuna ante las pretensiones de grandeza y poder. La semilla de la Palabra es sencilla, humilde, su fuerza está en su origen, es la Palabra de Dios, que no falla, que asiste produciendo el crecimiento del reino de Dios de forma misteriosa pero eficaz.

Está relatando una historia que Jesús describió sobre una semilla muy pequeña, la semilla de mostaza, que se convierte en un árbol grande que brinda refugio a muchas aves. La semilla de mostaza se compara con el reino de los cielos debido a sus pequeños comienzos y al alcance expansivo en su madurez. Contiene lecciones valiosas, es un concepto que a menudo es difícil de captar sin explicaciones adicionales.

Al exponerla a los niños señalamos que la semilla de mostaza representa la palabra de Dios. La semilla de mostaza es parecida al reino de Dios en la tierra. A través del trabajo de cada creyente el reino continúa creciendo.

La parábola enseña claramente donde la responsabilidad recae con respecto al reino de Dios y la recepción del Evangelio. No estaba en la siembra y no estaba en la semilla, estaba en el suelo, el corazón del hombre.

En las Escrituras la semilla se encuentra potencialmente en todo el ser, es decir, simboliza el paso de la potencia al acto. Así, el hombre

simbólico cuando contempla una semilla contempla la vida completa que surgirá de ella. La semilla es la Palabra de Dios que Jesús está proclamando a las personas. La tierra son las personas que escuchan la Palabra y eligen su postura respecto a ella. La semilla sembrada a la orilla del camino, son aquellos que oyen la Palabra de Dios, pero al no escucharla con atención, enseguida se olvidan.

Actúa la parábola como un poderoso aguijón alentando una fe inquebrantable y una esperanza que no puede engañarse. En contra de todas las apariencias exteriores el reino de Dios seguirá desarrollándose y al final obtendrá la victoria. Eso es también lo que quiere decir el evangelista a su comunidad.

¿Qué significa la parábola? ¿Cómo explicar la parábola de la semilla de mostaza? Hay tres versiones sinópticas que relatan la misma parábola, refiriéndose al reino de Dios en su semejanza con una semilla de mostaza, en lo que podría ser una metáfora proverbial para algo grande que proviene de muy poco: 'Como un grano de semilla de mostaza'.

La cosecha nos pone al mando de nuestras vidas y es algo que la mayoría de los autores de crecimiento personal, mencionan en el principio de todos sus libros, el hecho de que tú eres el responsable de todo lo que tienes. O como dice, Agustín:

“

La verdad es como un león; no tienes que defenderlo. Deja que se pierda; se defenderá a sí mismo”.

El compromiso queda de nuestra parte para tomar una decisión consciente de sembrar aquello que queramos cosechar. Sin embargo, no es tan fácil como suena. Hay varios factores que nos dificultan llegar a eso que deseamos, primero tus hábitos son como cadenas difíciles de romper, difícil no significa imposible, pero no es algo que ocurre de la noche a la mañana, y requiere un esfuerzo consciente de tu parte. Otros factores como tus creencias, pueden impedir cier-

to tipo de resultados, que, aunque conscientemente lo desees, hay creencias limitantes que pueden estar bloqueando conseguir aquello que quieres.

La semilla de suyo tiene vida, y por esta razón crece. Lo particular de la semilla de mostaza es que, siendo pequeña como la cabeza de un alfiler, puede crecer mucho. La nueva comunidad judeocristiana experimenta la semilla de la fe y aunque es insignificante para el pueblo de Israel es necesario confiar en ella. Supone para el discípulo romper la envoltura y dejar que el corazón se abra a la dinámica del reino.

Pero, ¿a qué se refiere el Señor con estas aves que buscan refugio en los árboles? En el Antiguo Testamento los árboles representaban a reyes o imperios que ofrecían protección a pueblos y naciones súbditas, que eran representados como aves.

El profeta Daniel interpretó el sueño de Nabucodonosor en el que él y su reino eran un gran árbol donde se cobijaban muchos pueblos y naciones. El profeta Ezequiel, hablando de parte de Dios, condenó la actitud del rey de Israel y le anunció que sería exiliado y el resto de Israel que le había seguido sería destruido. Pero en medio de esta situación extrema, en la que había desaparecido toda esperanza de continuidad para su pueblo, Dios anuncia que iba a levantar un nuevo pueblo del que formaría su propio reino (un gran árbol) debajo del cual vendrían a cobijarse las naciones.

Todo judío tiene muy presente las enseñanzas de los profetas. Con este pasaje como trasfondo, Jesús se atreve a decir que su misión será la realización de esta profecía. En su persona Dios estaba sembrando el reino mesiánico en el que encontrarán refugio personas de todas las naciones.

a. Para dar fruto

De acuerdo a las Escrituras todo lo que siembres lo cosecharas en forma multiplicada. Al lado de cada gran éxito son las semillas de un enorme fracaso. En cada fracaso, hay las semillas de oportunidad de

éxito. No están a kilómetros de distancia. Así que, si están tan cerca juntos, y si usted está realmente trabajando, siempre vas a tener esa posibilidad de que algo no va a funcionar.

Agustín, dice:

“ Si Dios parece lento en responder, es porque Él está preparando un mejor regalo. Él no nos negará. Dios retiene aquello para lo que todavía no estás preparado. Él quiere que tengas un vivo deseo por sus mejores regalos. Ora siempre y no te desanimes”.

Jesús, dijo:

“ El reino de los cielos se parece a un grano de mostaza que uno toma y siembra en su campo. Aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece es más alta que las hortalizas; se hace un árbol muy grande, hasta el punto de que vienen los pájaros del cielo a anidar en sus ramas”.

“ El reino de Dios es como un hombre que echa la semilla en la tierra: sea que duerma o se levante, de noche y de día, la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo”.

Pues el reino de Dios, es Jesús, que, si lo aceptas, si crees en Él, por la acción del espíritu, actúa convirtiéndose en un vergel.

El corazón está lleno de semillas fértiles, esperando a brotar. Espero que las semillas que he sembrado sean absorbidas por los que me seguirán por el camino que he comenzado no puede llevarse a cabo de forma aislada. Las semillas de la fe son siempre dentro de nosotros, a veces se necesita una crisis para nutrir y estimular su crecimiento.

La naturaleza nos ha dado las semillas del conocimiento, no el conocimiento mismo. Jesús se preocupaba de explicar su predicación acompañada de imágenes, a la manera oriental, para reforzar los razonamientos con parábolas que se quedaban fijadas en la mente de quienes lo escuchaban. Dice el evangelista que lo hacía acomodándose a su entender, esto es, poniéndose al nivel de su interlocutor. Eso mismo hace el agricultor, cuando hunde los pies en la tierra para regabinar la planta o limpiar el pie del árbol.

No juzgues cada día por la cosecha que recoges, sino por las semillas que plantas. Santa Teresa de Jesús contrastaba su alma con un huerto regado en el que Cristo venía a sembrar. Es tan potente esta metáfora que conviene interiorizarla. Que crezca la planta o muera, que arraigue o esté falta de riego no es cosa nuestra, sino de la gracia con que Dios nos favorece.

Asimismo, como el agricultor, podemos nosotros situarnos al nivel de la tierra y cuidar de las condiciones externas, limpiar la maleza del pecado, abonar con buenas obras, regar con la oración diaria, pero sabiendo que sólo Dios hace crecer la fe en nuestra alma. Con eso lo podemos comparar.

Si somos arrastrados a Cristo, creemos sin querer; se usa entonces la violencia, no la libertad. Los sueños son las semillas del cambio. La Iglesia, de hecho, es como ese grano que cae en la tierra. Basta repasar su historia para darse cuenta del progreso y del crecimiento que ha experimentado. Como toda obra, tuvo un inicio pequeño, discreto, casi mínimo.

Nada crece sin semilla, y nada cambia sin un sueño.

b. Eres semilla que crece en silencio

Agustín, dice: “Dios siempre está tratando de darnos buenas cosas, pero nuestras manos están demasiado llenas para recibir las”. Pues

hay que descubrir cuánto Dios te ha dado y de ahí toma lo que necesitas; el resto lo necesitan otros. Porque si vivimos bien, los tiempos también son buenos. Tal como somos, tales son los tiempos.

Durante su tiempo en la tierra, Jesús compartió la palabra de Dios y plantó semillas de fe en tantos corazones como pudo alcanzar. Los creyentes no son diferentes a Jesús en el sentido que se espera que planten las semillas del amor de Dios a donde quiera que vayan, continuando el crecimiento de su reino en la tierra y el cielo.

Cuando pierdas no digas nada. Y cuando ganes si aún menos. Sé humilde en tus victorias y elegante en tus derrotas. Que hablen los demás. A Jesús le preocupaba mucho que sus seguidores terminarían un día desalentados al ver que sus esfuerzos por un mundo más humano y dichoso no obtenían el éxito esperado. ¿Olvidarán el reino de Dios? ¿Mantendrían su confianza en el Padre? Lo más importante es que no olviden nunca cómo han de trabajar.

Porque mientras existan ventanas, el ser humano más humilde de la tierra tendrá su parte de la libertad. Con ejemplos tomados de la experiencia de los campesinos de Galilea, los anima a trabajar siempre con realismo, con paciencia y con una confianza grande. No es posible abrir caminos al reino de Dios de cualquier manera. Se tienen que fijar en cómo trabaja Él.

Lo primero que han de saber es que su tarea es no sembrar, ni cosechar. No vivirán pendientes de los resultados. No les debe preocupar la eficacia ni el éxito inmediato. Su atención se centrará en sembrar bien el Evangelio. Los colaboradores de Jesús han de ser sembradores. Nada más.

Nunca es tiempo perdido el que se emplea en escuchar con humildad cosas que no se entienden. Ninguno de nosotros sabe lo que podría suceder ni siquiera el próximo minuto, pero seguimos adelante. Porque confiamos. Porque tenemos fe. Sin duda que después de siglos de expansión religiosa y gran poder social, los cristianos hemos de

recuperar en la Iglesia el gesto humilde del sembrador. Siembra en mí tu fe. Olvidar la lógica del cosechador que sale siempre a recoger frutos y entrar en la lógica paciente del que siembra un futuro mejor.

Los comienzos de toda siembra siempre son humildes. Más todavía si se trata de sembrar el Proyecto de Dios en el ser humano. La fuerza

Si a las personas les gustas, te escucharán, pero si confían en ti, harán negocios contigo.

del Evangelio no es nunca algo espectacular o clamoroso. Según Jesús, es como sembrar algo tan pequeño e insignificante como 'un grano de mostaza' que germina secretamente en el corazón de las personas.

La mejor manera de saber si puedes confiar en alguien es confiando. Si no tienes confianza en ti mismo, no te preocupes. Es fácil cultivarla. Todo lo que tienes que hacer es comportarte como si ya tuvieras la confianza que deseas tener. Por eso, el Evangelio solo se puede sembrar con fe. Es lo que Jesús quiere hacerles ver con sus pequeñas parábolas. El Proyecto de Dios de hacer un mundo más humano lleva dentro una fuerza salvadora y transformadora que ya no depende del sembrador. Cuando la Buena Noticia de ese Dios penetra en una persona o en un grupo humano, allí comienza a crecer algo que a nosotros nos desborda.

La forma de desarrollar la confianza en ti mismo es hacer lo que te mes y llevar un registro de tus experiencias exitosas. En la Iglesia no sabemos en estos momentos cómo actuar en esta situación nueva e inédita, en medio de una sociedad cada vez más indiferente a dogmas religiosos y códigos morales. Nadie tiene la receta. Nadie sabe exactamente lo que hay que hacer. Lo que necesitamos es buscar caminos nuevos con la humildad y la confianza de Jesús.

Las personas exitosas tienen miedo y dudas, y también preocupaciones. La diferencia es que no dejan que esos sentimientos les aislen en la consecución de sus objetivos. Tarde o temprano, los cristianos

sentiremos la necesidad de volver a lo esencial. Descubriremos que solo la fuerza de Jesús puede regenerar la fe en la sociedad des cristianizada de nuestros días. Entonces aprenderemos a sembrar con humildad el Evangelio como inicio de una fe renovada, no transmitida por nuestros esfuerzos pastorales, sino engendrada por Él.

3. La semilla que crece

El éxito sólo engendra una nueva meta. Una semilla da fruto cuando encuentra las condiciones ideales para crecer, y la palabra de Dios es una semilla fecunda capaz de germinar dando frutos de vida eterna. Estamos llamados a ayudar a plantar esa semilla de amor y misericordia en todos los que nos rodean.

La fe se siembra en casa. Consejos útiles que los padres podrían seguir para acercar a los hijos más a Dios. Es lamentable que, en muchos hogares, la fe se mantenga aislada, abandonada y olvidada por los miembros de la familia, como si ésta fuera inútil e innecesaria para estar cerca de Dios, o peor aún, para no estarlo. Aunque parece que algunos padres de familia poco interés tienen en inculcar la religión en sus hijos, muchos otros insisten en sembrar día a día.

La fe en el hogar de cada familia cristiana, dice que es una comunidad de vida y de amor, la cual tiene una misión: comunicar el amor. La fe es la creencia, confianza o asentimiento de una persona en relación con algo o alguien y, como tal, se manifiesta por encima de la necesidad de poseer evidencias que demuestren la verdad de aquello en lo que se cree. La palabra 'fe' proviene del latín fides, que significa lealtad, fidelidad.

Hay que aprender a ser una persona que, desde la interiorización, logre una inteligencia espiritual, se conozca a sí misma y a los demás para darle sentido a su vida a partir de valores cristianos. Pues es de lamentar que por desgracia se ha olvidado que los primeros educadores, en todos los niveles, no sólo en la fe, son los padres de familia, la escuela es subsidiaria de esa obligación y la Iglesia por su parte, es

mera auxiliar de los padres, pero los responsables en educar a sus hijos en la fe son los padres.

Los padres son los primeros responsables de la educación y crianza de los hijos. Ellos respaldan la formación académica en los diferentes niveles, de tal manera que más adelante, este proceso sea productivo y que permita instaurar lineamientos éticos y pedagógicos en su vida adulta. Los padres deben cuidar la fe de sus hijos, deben abonar y cultivar ya que la responsabilidad en primer término es de ellos, no olvidemos que es una obligación moral y religiosa.

Podemos nutrir nuestra fe cuando leemos y meditamos las Escrituras, al orar, ayunar y servir al Señor, cuando apoyamos a los líderes de la Iglesia y obedecemos los mandamientos de Dios.

Al igual que una planta sin agua moriría, lo mismo sucedería con la fe sin obras.

La fe es una parte primordial de la vida de cualquier ser humano, ya que da esperanza, futuro, fuerzas para las adversidades, luz y sentido, nos ayuda a mantener la plenitud; de hecho, Cristo, cuando habla de su misión, no dice que ha venido para que tengamos vida en abundancia, ya que ésta no puede ser plena si no está unida a Dios, y como dice el Apóstol Pablo: “En Él existimos, nos movemos y somos”.

Es necesario acompañar con una ferviente oración la siembra de las semillas del Reino de Dios. Y, junto a esto, resolverse a ser testigos, que acompañan el crecimiento de la semilla, día a día. Para cultivar la fe en el hogar puede haber cosas muy elementales como encomendarse a Dios desde el inicio del día.

No es la acción humana la que produce el reino de Dios, sino el mismo poder de Dios escondido en la semilla. Eres semilla que crece en silencio. Son esas oraciones que debemos enseñar a nuestros hijos para dar gracias al Señor por cada mañana y por la vida, a lo largo del día también podemos tener muchos apoyos de plegarias para acer-

carnos a Dios. De hecho, se recomienda vivir bajo un clima de discernimiento desde el hogar.

Recuerda que la fe se abandona constantemente, no pongas como pretexto la edad de los hijos para estar cerca de Dios, todo está en tu forma de acercarlos a Él y en mantener un hogar lleno de fe. Somos privilegiados porque tenemos como ejemplo la Sagrada Familia. La familia es la Iglesia doméstica y la primera responsable de acrecentar y fortalecer la fe en nuestros hijos.

El reino de Dios no depende del hombre, y esto se confirma por el hecho de que Jesús dice que la tierra en sí misma da fruto, porque contiene los elementos necesarios para alimentarse. ¡Cuando la fruta está madura es tiempo de cosecha! ¡Cuando el trigo está maduro es tiempo de cosecha y el segador cosecha!

Al examinar, quién plantó la semilla. Decimos que la semilla espera, acepta, acoge, como la madre tierra, este milagro. La pequeña semilla es una presencia oculta, es un grito silencioso, es la fuerza de la fragilidad: esa semilla lleva dentro de sí un árbol, un sueño, un dinamismo aún inexpresivo, pero ya operativo desde el momento en que se siembra.

Culminemos sembrando el reino de Dios. “Da lo que tienes para que merezcas recibir lo que te falta”, Agustín. Cada quien ofrece lo que tiene en su corazón. Pues todo en la vida debe tener un equilibrio. Sé amable, pero no dejes que nadie abuse de ti. Confía, pero no dejes que se te engañe. Sé feliz y agradecido, pero nunca dejes de mejorar. Hagámoslo con esta alabanza de Agustín de Hipona.

Luz de mi corazón

(conf. 12,10,10)..

¡Oh Verdad, Luz de mi corazón!

Estoy a oscuras.

No permitas que me hablen mis tinieblas.

A mis espaldas he oído tu voz que me
gritaba: Vuélvete.

Pero yo, debido al alboroto que aturdí a mi
interior, apenas he podido percibir.

No obstante, en este momento,
me vuelvo a ti,

sudoroso y ansioso por ti.

Que nadie interrumpa mi caminar hacia tu
fuente. En ella voy a beber y de ella voy a vivir.

No soy capaz ya de vivir mi vida,
porque la he vivido mal

y he sido el único causante de mi muerte.

En cambio,

contigo pienso volver a vivir.

Háblame, pues, charla conmigo.

Amén.